

LA ILUSTRACION

de los



DIRECTOR PROPIETARIO
DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

LISTA DE LOS COLABORADORES

- | | | |
|---|-----------------------------------|--------------------------------|
| Doña Ángela Grassi. | D. Eusebio Blasco. | D. Víctor Navarro. |
| Doña Faustina Saez de Melgar. | D. Emilio Ruiz de Salazar. | D. Emilio Prieto y Villareal. |
| Doña Joaquina Balmaseda. | D. Vital Aza. | D. Francisco Guerrero García. |
| Doña María del Pilar Sinués. | D. Antonio San Martín. | D. Eriualdo P. de Azpillaga. |
| Doña María Martí de Domínguez. | D. Ricardo Sepúlveda. | D. Enrique Benavent. |
| Excmo. Sr. D. Ramon de Campoamor. | D. Eleuterio Llofríu y Sagrera. | D. Pedro Escamilla. |
| Excmo. Sr. D. Fernando Corradi. | D. Manuel Jorreto y Paniagua. | D. Antonino Elías Romero. |
| Excmo. Sr. D. Eduardo Chao. | D. Joaquín Olmedilla y Puig. | D. Narciso Díaz de Escovar. |
| Excmo. Sr. D. José Gil Dorregaray. | D. José Estremera. | D. José Casafont. |
| Excmo. Sr. D. Agustín Pascual. | D. Eugenio de Bartolomé y Mingo. | D. Mariano Sánchez Bruil. |
| Excmo. Sr. D. Manuel M. ^a de Galdo. | D. Vicente Regulez y Bravo. | D. Quintín Labernesse. |
| Excmo. Sr. Barón de Córtes. | D. Emilio Ferrari. | D. Mariano de Larra y Ossorio. |
| Excmo. Sr. D. Valentín M. ^a Mediero. | D. Gregorio Barragan. | D. Emilio de Santos y Olive. |
| Ilmo. Sr. D. Mariano de la Paz Graells. | D. José María Medina. | D. Faustino Jouve. |
| Ilmo. Sr. D. Francisco Javier de Salas. | D. Fernando Martínez Pedrosa. | D. Manuel López Calvo. |
| Ilmo. Sr. D. Carlos Frontaura. | D. Diego Pérez Hernández. | D. Timoteo Domingo Palacio. |
| Rdo. P. J. A. García de la Iglesia. | D. Pedro Ruiz Avila. | D. Antonio Blanc. |
| D. Ventura Ruiz Aguilera. | D. Vicente D. Bordanova. | D. Leandro Ángel Herrero. |
| D. Teodoro Guerrero. | D. Francisco Muñoz y Rodríguez. | D. Pedro Lumbreras, pbro. |
| D. Gregorio Mijares. | D. Ignacio Bolívar y Urrutia. | D. José Primo de Rivera. |
| D. Alfonso E. Ollero. | D. Domingo Fernández Arrea. | D. Cayetano Collado. |
| D. Mariano José Vallejo. | D. Manuel González Álvarez, pbro. | D. Manuel Ferrer. |
| D. Abdon de Paz. | D. José María Bolívar. | D. Joaquín Luis Olbés. |

ARTISTAS

- | | | | | |
|---------------------|-------------------------|--------------------------|-------------------------|---------------------|
| D. Mariano Urrutia. | D. Lázaro Nuñez Robres. | D. José Muriel y Alcalá. | D. Manuel Salvi. | D. Manuel Fernández |
| D. Tomás Breton. | D. Antonio Caula. | D. Eduardo Novi. | D. Francisco del Valle. | y de la Torre. |

SUSCRICION

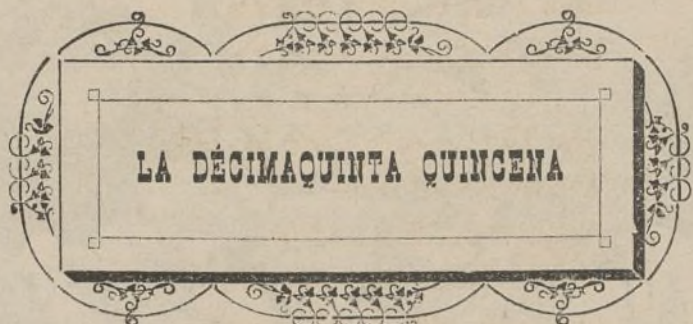
Madrid: 2 pesetas al mes, 6 id. trimestre.
 Provincias: 7'50, id.
 Extranjero y Ultramar: 6 meses, 5 pesos fuertes en oro.
 Número suelto, una peseta cincuenta céntimos.

SUMARIO

I. La décimaquinta quinceña.—II. A mi hija Concha, en su primera comunión.—III. Origen de las bujías.—IV. En la tumba de un niño sus padres.—V. El árbol del desierto, cuento fantástico.—VI. La golondrina.—VII. El fantasma de la Alhambra.—VIII. La zagalita y la rosa, fábula.—IX. La festividad de San Juan.—X. Máximas para los niños.—XI. La mano de la Providencia (continuación).—XII. El leñador y el burro (fábula).—XIII. Suelos, solución al problema anterior y problema.—XIV. Índice del primer tomo de esta Revista.

OFICINAS
 Fuencarral, 3, pral.
 MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
 Anuncios y esquelas de defunción de niños, a precios convencionales.



Madrid 15 de Junio de 1879.

Estamos á mediados de mes.

Lo cual quiere decir que *el turbion* de los exámenes ha pasado ya para vosotros, y que estareis todos satisfechos de las buenas notas que habreis merecido.

Os doy la más cordial enhorabuena, congratulándome de que no haya habido para ninguno esas *frutas* que se llaman calabazas.

Ahora, pequeñuelos, á divertirse.

La estacion se presta á ello. ¿Quién ignora que las verbenas han empezado ya á asomar la cabeza?

¡Pobre flor! ¡Quién la habia de decir ue tan célebre se habia de hacer en las noches de vísperas de San Antonio, San Juan, San Pedro, Santiago, San Lorenzo y la Paloma!

Porque habeis de saber, queridos amigos, que antiguamente, hace ya mucho tiempo, en tales noches salian los habitantes de Madrid á respirar el fresco ambiente de las praderas del Manzanares, y á coger las *verbenas*, humildes florecillas que entonces esmaltaban las florestas del no ménos humilde rio que tiene el atrevimiento de llamarse cortesano.

Esta costumbre de ir á coger flores y formar ramos para los Santos antedichos, se generalizó despues, y llegó á constituir la abigarrada fiesta que todos conocemos, en que los buñuelos, las rosquillas, el *titiri-mundi* y demás especies de consumo, hacen el gasto y el gusto de los madrileños.

El día 22 entra el Estio.

Los frios, avergonzados de la ruda guerra y heroica resistencia que les han hecho durante los últimos meses las capas, los rusos, los carriks, etc., etc., huyen despavoridos á tomar fuerzas, para acometer con más violencia en Noviembre.

Pero, entre tanto, cada cual procura buscar un poco de fresco, donde quiera que se encuentre. Esta es la condicion humana: despreciar lo que vemos fácil y buscar con ahinco lo imposible.

Los libros descansarán tambien algun tanto, en esta temporada, pero no vayais á hacerlos estar en la quietud más tiempo del debido.

Sabed que el libro es el mejor de los amigos, porque él nos distrae, nos enseña y nos conduce por el camino de la vida.

No os separeis mucho de él, porque tal vez perderíeis un tiempo precioso.

No porque os hayais examinado vayais á olvidar lo que debe quedar grabado para siempre en la conciencia.

Estudiad, porque el tiempo no se debe perder.

Hemos llegado en este número á la conclusion del primer tomo de nuestra revista.

Ya habreis tenido ocasion de ver que todo lo prometido, y aún mucho más, se ha verificado en obsequio vuestro.

LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS nació á impulsos de un gran deseo; todos lo sabeis: ser útil, agradable y provechosa á vuestra inteligencia y corazon.

Este deseo convirtióse en realidad; los padres de familia, directores de colegios y corporaciones científicas y literarias han secundado noblemente nuestros esfuerzos.

Y es que LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS ha sabido corresponder á las esperanzas que en sus albores hizo concebir.

Hoy que llegamos á la primera etapa de nuestra publicacion, damos las más sinceras gracias al público que tanto y tanto nos ha distinguido, y á semejanza de los viajeros romanos cuando llegaban á las piedras miliarias, sin dormirnos en nuestros laureles, levantamos la vista para distinguir el camino que queda por recorrer.

Por fortuna, sabemos perfectamente á dónde conduce la vía emprendida, y podremos recorrerla sin obstáculo de ningun género.

LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS ha tratado en su primera jornada de inquirir con todo detenimiento las aspiraciones de vosotros, y sabe satisfacerlas de una manera decidida, sin la duda que alguna vez la asaltó cuando era principiante en la senda emprendida.

«Y quitándole la vieja los pelitos negros y la niña los pelitos blancos, entre las dos le dejaron calvo.»

El cuento aleman, donde leí las anteriores palabras, encierra una gran verdad.

El anciano se esfuerza por no serlo, y el niño desea que pasen pronto los años de estudios, y ser hombre. Entre una y otra aspiracion viene la muerte.

Esta idea me la sugiere lo que acabo de leer en un periódico norte-americano.

Un hombre de setenta años ha ingresado por primera vez en la escuela para aprender á leer y escribir.

No se dirá que el tal niño no es juicioso, á juzgar por los años que cuenta.

Sin embargo, se vé en él un deseo laudable.

Nunca es tarde para aprender.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

Á MI HIJA CONCHA

EN SU PRIMERA COMUNION

Como sale de la infancia
la flor abriendo el capullo,
de las áuras al arrullo
sedientas de su fragancia,
así vences la distancia
de este sueño; y es razon
que en más extensa region
tienda sus alas divinas
el alma, flor entre espinas
que rasgan el corazon.

Sí, Conchita; mas el cielo,
resolviendo tal problema,
con una fuerza suprema
quiere enriquecer tu vuelo.
Escúchale con anhelo
hoy que en su busca te exhalas;
y revistiendo sus galas
cuando llegues á volar,
sea tu espacio un altar
y mira en la cruz tus alas.

Dios, todo un Dios, hija mia,
fuente de luz y poder,
quiere entrar en nuestro sér
para henchirle de armonía.
¿Quién imaginar podría
prodigio tan soberano?
El Señor, dócil y llano,
dándose á las almas todo,
purifica nuestro lodo
con fiel y potente mano.

¿Y en santo amor no te bañas,
amor inocente y puro,
cuando tienes por seguro
que está Dios en tus entrañas?
No hay palacios ni cabañas
que no bendigan su nombre;
y, aunque á los sábios asombre,
pues que entre todos está,
siempre para Dios será
su gran alcázar el hombre.

El hombre, que un corazon
tiene en ansias infinito.
Ese monarca proscrito,
hijo de su Redencion.
El que con alta razon
mide el tiempo y el espacio,
y, más audaz que rehacio,
multiplicando sus huellas,
flota sobre las estrellas,
en busca de su palacio.

Mas ¡ay! si el hombre no vé
que, al par que el cielo examina,

Dios á la tierra camina
buscando á el alma con fé,
¿qué importa que lleno esté
de una ciencia dilatada,
si al inquirir la morada
de Dios, á su gracia muerto,
dále Dios el cielo abierto
para que no vea nada?

¡Hija! El alma es un tesoro
que Dios compró con su vida.
Amale reconocida
como rendido le adoro.
Hoy más de contento lloro,
pues que me hiciera crear
á sus glorias un altar
en tu feliz inocencia.

¡Cuán mágica es su clemencia
y cuán horrible el pecar!

Unida estás á tu Dios,
Hoy eres su dulce templo.
Sé de Jesús un ejemplo.
Vivid acordes los dos.
Que si de males en pos
un alma santa marchara,
y á falsos goces avara
resistiera á su poder,
con más furor en su sér
á Jesús crucificara.

Él guia tu discrecion
en eucarístico lazo.
Hoy es tu brazo su brazo,
y tuyo su corazon.
Aprovecha la leccion
de su piedad, prenda mia,
y en dulce paz y alegría
con el triste y el pequeño,
haz lo que manda tu dueño;
haz lo que Jesús haría.

Bien sé que el dolor aterra,
que el carecer estremece,
que el alma en todo padece
con las lágrimas en guerra;
pero si sus puertas cierra
á ese dolor necesario,
tendrá á Jesús por contrario,
perdiendo su dulce amor;
que no se llega al Thabor
sin pasar por el Calvario.

TIMOTEO DOMINGO PALACIO



ORÍGEN DE LAS BUJÍAS

I

Acaso, mis queridos niños, ignorais el origen de las blancas bujías que se colocan en vuestro piano y en vuestro tocador, que alumbran vuestros salones en las noches de recepcion de vuestra madre, y que encerradas en un globo de cristal ó de alabastro, aclaran la oscuridad de vuestro dormitorio, convirtiéndolo en una dulce media tinta.

Voy á deciros, pues, de dónde proceden esas bujías, testigos de nuestros triunfos, y que así alumbran los salones de las fiestas, como las solemnidades religiosas en el templo, el túmulo que recuerda que la persona que amábamos pasó á mejor vida, y la losa funeral que guarda sus restos queridos.

El uso de la cera para iluminar el interior de las casas es muy antiguo en la India y en diversas partes del Asia. El blanqueo de la cera se conoce en la China desde tiempo inmemorial, y los cirios se usaban particularmente en las fiestas y solemnidades religiosas.

Puede decirse que China es la cuna de la cera; ya no se gasta ésta pura en ninguna parte del globo, y sabido es que las bujías más blancas y más bellas llevan de cera muy pequeña parte; pero en China, en la capital sobre todo, la cera es el alumbrado por excelencia; en el palacio imperial sólo hay bujías de cera en las grandes solemnidades, y el actual emperador y su joven esposa, amantes de la civilizacion más que ninguno de sus predecesores, tienen alumbrada la cámara conyugal, y la particular de cada uno, con bujías de cera rosada y perfumada.

Sabido es que las damas japonesas llaman mucho la atencion en París por su aspecto culto y elegante, hasta el punto de quedarse los paseantes de la última Exposicion contemplándolas con mudo asombro; visten de blanco y llevan zapatitos preciosos, velos ligeros de tul ó sombreros de paja de forma de campana, aprovechando el favor que la moda concede á la forma china.

Pues bien; estas damas, de la primera distincion en su país, rehusan en los magníficos hoteles que ocupan, todo otro alumbrado que el de las bujías de cera, de las que hacen gran consumo, por la profusion que exigen.

II

La presencia de la luz se consideraba como un símbolo en ciertos oficios de los cristianos orientales. Las velas encendidas en los altares, durante

la celebracion de los Santos Misterios, indicaban que Jesucristo es la verdadera luz que ilumina las almas y guía á las humanas generaciones.

En los tiempos de persecucion, cuando los emperadores romanos perseguian cruelmente á los siervos del verdadero Dios, la luz de la cera que iluminaba los subterráneos, los lugares oscuros donde se reunian para orar, y despues esta misma luz, á un tiempo melancólica y majestuosa, se empleó por los mismos cristianos para alumbrar las basílicas donde penetraban difícilmente los resplandores del dia.

El uso de las velas, considerado antiguamente en Francia como un lujo extraordinario, fué introducido en Europa por los venecianos, que lo importaron de Oriente en el año 700. Entonces, y durante muchos años, sólo se usaba para las personas reales y los primeros magnates, y el precio de la cera era exorbitante, é inaccesible por consecuencia para quien no tuviese gran fortuna.

Entonces se discurria el mezclar sebo á la cera, á fin de hacer las velas ó bujías accesibles á las personas de modestos haberes: mas el trabajado, la elaboracion era tan mala, que sobre lucir muy mal las bujías, daban un humo insoportable.

Inés de Meranie, la segunda y desgraciada esposa de Felipe Augusto, aquella reina de Francia que murió de tristeza entre los muros de un convento, aquella hermosa joven enamorada de todo lo grande y bello, preferia la luz de las bujías á todas las demás. Y Felipe Augusto, que la adoraba, y que arrostró por ella la excomunion del Papa, dió un edicto prohibiendo que se mezclase sebo á la cera, y ordenando que las velas se fabricasen *de cera pura* para que la reina pudiera tener en sus habitaciones tanto número como quisiera.

Inés, durante su breve reinado, usó siempre en sus habitaciones y en las de los príncipes sus hijos, niños de tierna edad, únicamente luz de bujías de cera, y durante mucho tiempo las reinas de Francia, en las seis primeras semanas de su viudez, sólo podian alumbrarse con velas de cera.

III

El modo de hilar la bujía se conoció en 1367. Pero cuando el rey Juan fué hecho prisionero en la batalla de Poitiers, el 19 de Setiembre de 1356, ya el prevoste de los mercaderes de París ofreció á la Virgen, por la liberacion de este príncipe, un cirio cuya longitud era igual á la circunferencia de las murallas de la capital.

En 1660 se generalizó ya el uso de las bujías: en todas las casas opulentas de Europa, y sobre todo en Italia, se alumbran con cera, y el uso de este alumbrado tomó un rápido desarrollo: las

iglesias fueron alumbradas á giorno por miles de cirios y de velas: los altares estaban bañados de luz, y las arañas y candelabros, cuya invencion data de entonces, esparcian suspendidos de las bóvedas, torrentes de luz.

Los espectáculos mundanos se apoderaron de este género de alumbrado; los teatros le adoptaron con profusion, retirando los humosos quinqués de aceite. Se distribuyeron por la escena, los palcos y el techo candelabros cargados de bujías, y se adoptó este magnífico alumbrado, el más espléndido que hasta entonces se habia conocido.

Las más hermosas ceras, y las que se vuelven más blancas que todas las demás, son las de Esmirna y Trieste: siguen en buena calidad y pureza las de Constantinopla, Córcega, Odessa y Burdeos, y despues de éstas, producen grandes cantidades, Sologne, Normandía, Bretaña, Saintonge y Beauce.

El blanqueo de la cera amarilla se obtiene haciéndola derretir con cremor tártaro, y exponiéndola despues á una luz fuerte, operacion que produce lo que se llama cera virgen.

El blanqueo de la cera es en Francia objeto de un comercio considerable, que se halla casi localizado en Tours, Maux, Orleans y París.

En París sólo se consumen en velas y cirios más de 250.000 kilogramos de cera blanca por año; pero hay que advertir que en las bujías vendidas á bajo precio, la cera entra sólo como uno de los elementos de elaboracion.

Yo he querido en esta breve reseña haceros saber, lectores míos, el origen de esa luz que amais casi tanto como la del día, puesto que alumbró el dulce hogar donde vivís felices, bajo el amparo protector de vuestros padres.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

EN LA TUMBA DE UN NIÑO

SUS PADRES

Unidas en hondo afán
y abatidas cual las palmas
azote del huracán,
cruzando el espacio van
en pos de un alma dos almas.

Dos almas que en triste duelo
pueblan de ayes el vacío,
y que al ver desierto el suelo,
dolidas, mirando al cielo,
claman: ¡adios, hijo mío!

¡Hijo mío! estrella errante,
recuerdo de amor constante,

purísima flor marchita,
ave que canta su cuita
y abandona el nido amante.

¡Hijo mío! dulce dueño
de ventura transitoria
y de un pasado halagüeño;
de tu padre, hermoso sueño;
de tu madre, vida y gloria.

Niño feliz, bien amado,
del paterno hogar llevado
á la soberana diestra;
¡pues que tu alma se ha ensalzado,
no te olvides de la nuestra....!

Y el ángel de la piedad,
que un eco bendito fué
del mundo de la verdad,
dijo: ¡vivid en la fé,
pensad en mí y esperad!

F. MARTINEZ PEDROSA

EL ARBOL DEL DESIERTO

CUENTO FANTÁSTICO

I

Un día se atrevió un niño á ir al desierto, pero volvió corriendo y llorando, y le dijo á su padre:

—Padre mío, vengo del desierto, y he visto allí un árbol más encarnado que los corales; tú me has dicho que se crían debajo de los mares; aún le hubiera tenido por un coral, por más que crezca en el desierto; pero el caso es que el árbol llora lágrimas de fuego; que el árbol se queja y se retuerce... ¿Quieres decirme, padre mío, qué clase de árbol es ese que yo he visto en el desierto?

—Sí, hijo mío; escucha la historia de ese árbol; no la olvides jamás, y que te sirva de lección toda tu vida:

II

Ese desierto tan árido y tan solo, era antes una hermosa vega: por todas partes habia fuentes, jardines, pájaros y bosques. En medio de ella se levantaba un magnífico palacio: sus paredes eran de oro y sus adornos de piedras muy preciosas.

Pues bien; el dueño de ese palacio era, como comprenderás, inmensamente rico. Tenia dos hijos.

En el corazón del mayor, cuyo nombre era Arturo, se desarrolló de una manera extraordinaria la avaricia.

—Si yo fuese solo, se decía, todo cuanto mi padre tiene sería para mí; pero viviendo mi hermano, no habrá más remedio que tomar la mitad cada uno... ¿Qué haré yo? ¿Qué haré yo?...

Pensó cómo deshacerse de su hermano, y un día en que fueron de caza, procuró extraviarse con él en medio del bosque. Entonces, quedándose detrás, le atravesó traidoramente con su afilado cuchillo, cuya punta llevaba preparada con veneno. Cavó una fosa, puso en ella el cadáver, la volvió á cubrir de tierra, entrelazó sobre ella ramas y hojas secas, y limpiando su cuchillo en el árbol inmediato, se fué á buscar á sus compañeros de caza.

Como no tenía conciencia, no le asustaba el crimen; así es que cuando llegó, dijo á los que encontrara:

—Amigos míos, ¡qué desgraciado soy! persiguiendo á un ciervo, se ha resbalado mi hermano junto á la orilla del río, y las aguas le han arrastrado en su corriente. Vayamos todos donde desagua el río, para ver si aún vive.

Con esto les alejó del bosque, y todos se fueron en busca del desgraciado hermano.

III

El infeliz padre supo la noticia. Amaba á su hijo mucho; no podía vivir sin él; así es que poco á poco fué languideciendo; la tristeza le devoraba el corazón, y no tardaron muchos días sin que llegara el último de su vida.

Entonces Arturo se alegró del todo. Era solo, y para él solo eran cuantos tesoros tenía su padre.

Pero ¡ay! que á la tercera noche, un sueño aterrador empezó á inquietarle; no le dejaba dormir, y le causaba un dolor extraño. Soñaba que todo el dinero de su padre se había convertido en humo. La pesadilla era terrible, y levantándose cogió las llaves.

Pero figúrate cuál sería su amargura, cuando vió que su sueño no había sido sueño; porque, conforme iba abriendo los cajones, salía de ellos



un humo espeso; exhalaba un olor insoportable, y, en cuanto el humo se disipaba, sólo quedaban en el fondo del cajón un poco de polvo negro, y muchas manchas como si fueran de sangre.

—¡Qué desgracia! se decía; no comprendo esto.

Más la idea de que su palacio y sus jardines valían inmensas riquezas le tranquilizó algún tanto.

IV

Pero, hijo mío, los ríos, las fuentes, los arroyos de sus jardines se fueron secando; las flores se marchitaban, los árboles principiaron por no tener hojas verdes; luego siguieron secándose sus ramas, y por último, se caían al suelo y se volvían polvo. Todo quedó como está ahora.

Era que la sangre envenenada del hermano se había extendido por la tierra, y toda raíz que tocaba se envenenaba también y moría su planta.

Entonces comenzó una secreta agitación en el corazón de Arturo.

Su rabia era terrible, porque todo cuanto giraba en torno suyo, le llenaba de espanto.

—He muerto á mi hermano, decía, por poseer sus riquezas, y se me han vuelto humo, se han secado mis jardines; pero ¿qué importa?... ¿no tengo este palacio que vale mucho?... Este sitio me llena de espanto; destruiré el palacio; venderé sus paredes y sus piedras, y me iré muy lejos á vivir tranquilo.

V

No tardaron mucho en venir una infinidad de carpinteros y albañiles. Se empezó el derribo del palacio; pero, cuál sería la sorpresa de todos, cuando debajo de cada piedra, detrás de cada madero, veían un letrero escrito con sangre que decía:

«¡Cuando hoy concluyas el trabajo, llévate los escombros para tí!»

Así es que todos los operarios se volvían ricos á sus casas, y el malvado dueño del palacio no lo podía impedir, porque al querer decir: «no os lleveis nada,» una fuerza superior á la suya retorcia su lengua, que gritaba sin cesar: «lleváoslo todo.»

Los carpinteros y los albañiles le tenían por loco; pero, como les iba bien, callaban y corrían con los escombros.

Y de este modo se concluyó de derribar el palacio. No quedó ni una sola piedra, ni una sola flor, ni una sola hoja de yerba.

VI

Y Arturo se retorcia de desesperación y de tormento. Estaba solo en medio de ese gran desierto.

Se revolcaba sobre el suelo; queria darse muerte y no podia.

—Me iré de aquí, se dijo; pero ¿cómo irse, si en cuanto llegaba al término de la llanura, una atracción irresistible, como si fuera un grande imán, le llevaba otra vez al centro?

Tanta cólera, tanta rabia, le hicieron pensar en su hermano.

—Por tí, decia, sufro yo tanto tormento; iré, te desenterraré, y aunque ya estés insensible, saciaré mi venganza, despedazando tu cuerpo y arrojando sus pedazos por el suelo, para que los piquen las aves y los muerdan las fieras.

Pero, ¡ay, hijo mio! cuando llegó al sitio donde su hermano estaba enterrado, se abrió la sepultura, salió de ella una luz muy blanca, que fué su-



biendo, subiendo, hasta que se confundió con las estrellas. Entonces se agruparon en derredor de Arturo algunos restos de árboles carcomidos; la sangre de su hermano, que estaba extendida por la tierra, se reunió en aquel sitio, como si al desprenderse la luz la hubiese absorbido toda. Y en derredor suyo se fué formando un árbol que le dejó encerrado en su tronco.

Desde entonces no cesa un instante de comprimir su cuerpo, le estruja como la prensa á las capas de mosto, pero sin matarle nunca.

Por eso el árbol llora lágrimas de sangre; por eso exhala esos ayes lastimeros. ¡Y cuando las aves de rapiña desgajan sus ramas, cuando el huracán le azota, ó las fieras le muerden, creyendo que es de carne, debe sufrir horriblemente!..

VII

—¡Ay, padre! y ¿siempre ha de ser así?

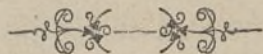
—Siempre, hijo mio; su tormento no tendrá fin. Tus hijos, tus nietos, los hijos de tus nietos y los nietos de éstos, podrán contarles á los suyos la historia del árbol del desierto, porque entonces todavía extenderá sus ramas; todavía exhalará quejidos; todavía llorará lágrimas de sangre; le picarán las aves; le azotarán los vientos, y le mordearán las fieras!..

—Dame un abrazo, padre mio; yo te quiero

mucho. Déjame que vaya á dar un abrazo á mi querida hermana.

¡Oh! si yo no la quisiera, si en mi corazón sintiera algun día nacer el odio hacia ella, creo que me moriría de dolor y de tristeza.

MANUEL JORRETO PANIAGUA



LA GOLONDRINA

Ave dichosa que en ráudo vuelo,
cantando alegre, vienes de Oriente
sola y sin guia;
¿á dó te lleva tu amante anhelo?
¿vas, por ventura, hacia Poniente
buscando acaso la patria mia?

Dime tú si eres la golondrina
que á mis hogares llegó hace un año,
triste y cansada;
dime tú si eres la peregrina
á quien, exenta de todo daño,
asilo dile yo en mi morada.

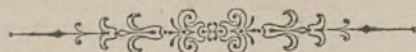
Si eres la misma, vuela ligera;
de parda arcilla tu limpio nido
te aguarda hecho;
llega y reposa, noble viajera;
si algo te inquieta, dalo al olvido;
duerme tranquila bajo mi techo.

Y cuando vuelva yo á mis hogares
y tengan pluma ya tus hijuelos,
cada mañana
vendreis á darme vuestros cantares,
y á divertirme con vuestros vuelos,
girando en torno de mi ventana.

Allí y tengo flores hermosas
abrillantadas por el rocío,
de aroma llenas;
entre ellas duermen las mariposas
á quienes brindan en el Estío
nido en su cáliz las azucenas.

Y así, entre flores y golondrinas
y mariposas, todas hermanas,
siempre gozosa,
cerniéndose alta sobre las ruinas
de las ardientes luchas humanas,
será mi alma libre y dichosa.

ANTONIO BLANC



EL FANTASMA DE LA ALHAMBRA

Granada es el verjel del Mediodia.

Sus frondosos y enbalsamados cármenes, saturados del fresco ambiente de Sierra Nevada, hacen pensar al alma soñadora en los jardines del Edem que el Profeta ofrece á sus creyentes.

Su vega, bellísima alfombra que en día glorioso pisara la Católica Isabel y el intrépido Colon, es fértil como la tierra de América, exhuberante de vida como la potencia infinita de la Naturaleza.

Pero Granada tiene un florón más precioso que sus pensiles, de más valor que sus campiñas: los recuerdos de su historia.

La Alhambra es el archivo en que la pátria de Boabdil tiene guardado su ayer; es la enseña á que vuelve sus ojos y que la hace verter lágrimas de júbilo por el pasado, de dolor por el presente.

Aún parece que entre la multitud de ruinas de torres y jardines que constituyen la Alhambra, se ven las sombras de Alhamar, su autor, y del esposo de Zoraida, su último soberano.

Aún parecen oirse entre las alamedas del Generalife los cantos de los trovadores, el ruido de las zambras y el sonido de las guzlas de la corte del rey Bermejo.

Granada es una matrona venerable envuelta en manto de gloria y reclinada en sus laureles.

Aún domina sobre aquel suelo el espíritu de los Abencerrajes y la poesía de los Comixes.

En la Alhambra existen aún multitud de torres próximas á desplomarse, cada una de las cuales encierra una tradicion.

La del moro Aben-Ahid, *el fantasma de la Alhambra*, encierra una gran enseñanza.

Héla aquí:

A mediados del siglo XII habitaba uno de los alcázares de las márgenes del Darro el príncipe Aben-Ahid.

Era jóven y feliz cuanto en la tierra se puede ser, pero un día entró Eblis en su espíritu y fué presa de la ambicion más desmesurada.

Deseó placeres, oro, gloria.

Y viendo lo imposible que era satisfacer todos sus deseos, invocó á Satanás para que le ayudase.

El príncipe de las tinieblas se le presentó é hizo al árabe firmar un pacto, en virtud del cual le daba para siempre su alma, si le cumplia todos sus deseos.

Desde aquel momento Aben-Ahid tuvo gloria, riquezas y placeres.

Y tanta prisa se dió á disfrutar su triple fortuna, que ántes de un año estaba estragado por la diso-

lucion, pobre en sus tesoros y despreciado de todos.

Entónces, con el afán del náufrago que perdido entre las olas se ase á una tabla para no sumergirse en los abismos, volvió á acordarse de Eblis.

Este vino por segunda vez, y convino con el príncipe en darle nuevas riquezas, mayor fama, é incomparables deleites, pero por cada día que disfrutase de ellos le acortaría seis meses la vida.

Aben-Ahid, contento otra vez, volvió á sus vicios y sus diversiones.

Pero como era tan continua su crápula, resultó que á los dos meses justos ya se le habian descontado treinta años.

Llegó, pues, á la vejez con la velocidad del huracan.

Vino la hora de su muerte.

Entonces presentóse Eblis por el espíritu del príncipe, pero éste en su agonía invocó á Alláh.

Dios, altísimo y misericordioso, que vela hasta por la más pequeña de sus criaturas, oyó clemente la súplica de Aben-Ahid y envió á su ángel mensajero junto á su lecho de muerte.

A su presencia huyó maldiciendo el espíritu de las tinieblas.

El desgraciado príncipe imploraba gimiendo la clemencia de Alláh, de quien en hora maldita habia renegado.

Y fué tal su llanto que el ángel se compadeció y suplicó la conmisericacion del Eterno para el moribundo.

Dios le concedió su perdon, pero le condenó á purgar su culpa, porque todo pecado debo pagarse en esta vida ó en la otra.

Impuso á Aben-Ahid la pena de quedar encerrado en su alcázar, hasta que expiase su culpa.

Y debia permanecer allí tantas veces sesenta años cuantos fueron los días de los años que le descontó Satanás, debiendo salir todas las noches á las doce á recorrer los parajes que fueron testigos de sus orgías é implorar en cada uno la misericordia infinita.

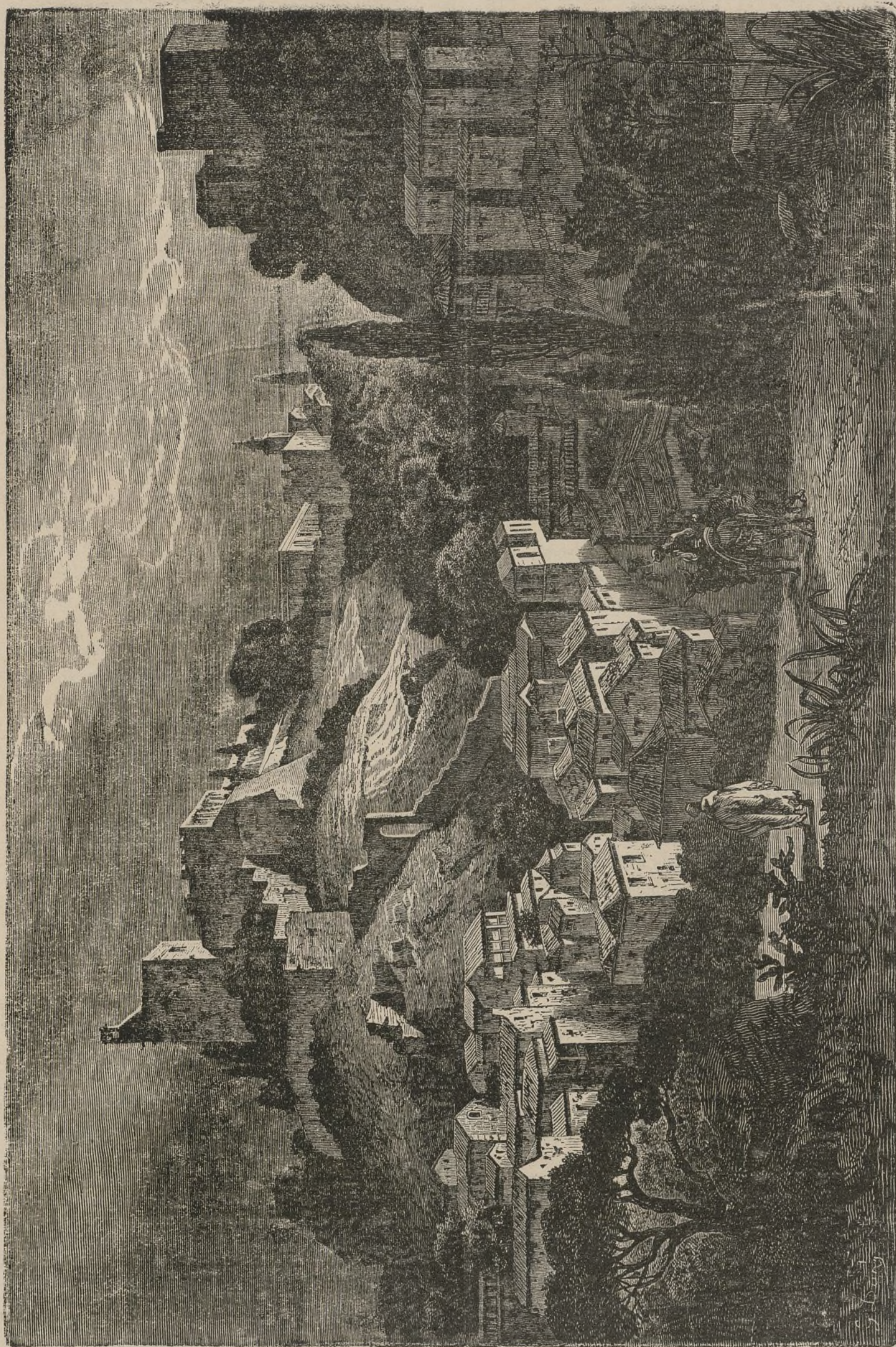
Por eso cuando el astro de la noche llega á la mitad de su carrera, se ve vagar un fantasma entre los torreones de la Alhambra; es el príncipe Aben-Ahid, cumpliendo su penitencia.

Así lleva ya siete siglos, saliendo todas las noches de su alcázar derruido, y aún existen en Granada infinidad de personas que dicen haberle visto.

El príncipe-fantasma fué ambicioso, y su ambicion le perdió.

Huid de los deseos inmoderados, porque á nada bueno conducen.

No os entregueis á los deleites, porque cada hora

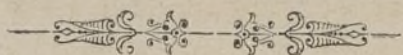


Ayuntamiento de Madrid

que de ellos gustamos, es un año menos de existencia, que el diablo se lleva consigo.

Cuando en algun trance de vuestra vida os veais agobiados por las tribulaciones, no maldigais vuestro destino; acordaos de *el fantasma de la Alhambra*.

JOSE MARÍA MEDINA



LA ZAGALA Y LA ROSA

FÁBULA

Una linda zagala,
cogiendo flores,
lloraba al mismo tiempo
de sus amores
los desengaños,
al ver sin alegrías
pasar sus años.

«No te quejes de vicio,
»dijo la rosa;
»tú siquiera eres libre,
»jóven y hermosa,
»y yo, entre tanto,
»oculto entre mis hojas
»más triste llanto.

«¿No es, dí, más lastimero
»que, siendo bella,
»apenas la luz miro
»que el sol destella,
»mire perdido
»el fresco y verde tallo
»donde he nacido?

«¿Que una mano me arranque
»de entre otras flores,
»para obsequiar al ángel
»de sus amores...
»y llegue un día
»en que su olvido agoste
»mi lozanía?

»Como nací en el mundo
»me presta abrigo,
»hasta el viento es, zagala,
»cruel conmigo;
»mi tallo mece,
»y apenas le ve roto,
»desaparece.

»Contempla, pues, lo triste
»de mi existencia,
»y sufre tus pesares
»con más paciencia;

»que en esta vida,
»el amor más profundo
»por fin se olvida.»

Al oír el relato
de aquella rosa,
creía la zagala
que era dichosa
con sus amores,
viendo que también tienen
penas las flores,

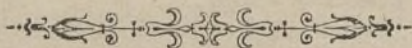
Mientras, pensando en esto,
quedó abstraída,
una niña, que estaba
cerca, escondida,
salió afanosa...
y del frondoso tallo
cortó la rosa.

Se acercó callandito
hasta su espalda;
la rosa, con cuidado,
dejó en su falda;
y sonriendo,
para que no la vieran,
se fué corriendo.

Volvió en sí la zagala;
y en su sorpresa,
de la cautiva rosa
las hojas besa;
pero su aliento,
marchitó su frescura
en un momento.

Recordando aquel día,
tras tantos años,
dice, al ver la pastora
los desengaños
que el mundo encierra:
«La verdadera dicha
no está en la tierra.»

VICTORIA



LA FESTIVIDAD DE SAN JUAN

Vedme aquí de nuevo, queridos niños; á vosotros me dirijo, á los que esperais con tanto afán el periódico *LA ILUSTRACION* para entreteneros con su amena lectura, hoy que la Iglesia celebra la festividad del Santo, contándoos las virtudes por las cuales mereció tal distinción.

Hé aquí, pues, amados niños, que un día estaba San Zacarías celebrando sacrificios, cuando se le apareció el Ángel San Gabriel y le anunció la feliz

nueva de que en breve daría á luz su mujer, Santa Isabel, un niño, al cual pondría por nombre Juan, elegido por Dios para precursor suyo, puesto que sería santificado desde el vientre de su madre. No poco sorprendido quedó el santo sacerdote al oír tales revelaciones, y bien pronto se apareció en su semblante la duda y el asombro; tanto más, cuanto que, hallándose ambos esposos en una edad avanzada, y por lo tanto, desproporcionada para tener hijos, su mujer era estéril.

Entonces el Ángel le dijo, que, en castigo de su incredulidad, quedaría mudo; y en efecto, así sucedió, y no recobró el uso de la palabra hasta ocho días después de haber dado á luz su esposa al niño. Al cabo de este tiempo trataron de circuncidarle y ponerle el nombre de su padre, ó sea el de Zacarías; más como este se negase á ello, continuando mudo desde la aparición del Ángel, tomó una pluma y escribió el nombre de Juan, que Dios había mandado le pusiesen. En el instante de escribirle, se le soltó la lengua y le pronunció claramente.

Conociendo Zacarías que no tenía ya impedimento para hablar, según le había dicho el Ángel, elevó al cielo sus ojos en señal de ferviente súplica, é inspirado por el Espíritu-Santo, exclamó: «Bendito sea mil veces el Señor, que se ha dignado bajar desde lo excelso para redimir á su pueblo.»

San Juan pasó los primeros años retirado en el desierto, haciendo la más austera penitencia. Conversaba con Dios por medio de la oración. Andaba descalzo y vestía una especie de cilicio, saco tejido de pelos de camello. Su alimento consistía en langostas, yerbas y miel silvestre.

Para cumplir el encargo de precursor, salió de su desierto, y recorriendo las orillas del río Jordán, interesando á todos por su virtud, santidad é inocencia, preparaba el camino al Mesías, anunciando á los pueblos que «este divino libertador había nacido ya y entre ellos se hallaba; que si no le conocían, bien pronto se les darían á conocer las grandes maravillas que obraría; y así, que se dispusiesen á recibirlo y coger el inestimable fruto que les venía á ofrecer, haciendo obras de penitencia.» Su sabia palabra era escuchada con religioso entusiasmo; así es que, cediendo á sus exhortaciones, á millares caían prosternados á sus pies, implorando humildemente confesión de sus pecados; hecho lo cual, los bautizaba; esto es, los hacía bañar en el Jordán (de donde procede llamarle Bautista), previniéndoles que este bautismo, cuya virtud se reducía á lavar el cuerpo, les preparaba á recibir otro que luego se había de sustituir, y el cual derramaría las más abundantes gracias en sus almas, purificándolas de todo mal.

Admirados todos de la austeridad de su vida y

de sus virtudes, creyeron que él mismo era el Mesías, y muchos le preguntaron si debían reconocerle como tal, á lo que respondió con humildad: «Que lejos de serlo, ni aún era digno de desatar las correas de sus sandalias.»

Por este tiempo Jesús dejó su retiro de Nazaret, para dar comienzo á su predicación y efectuar la redención del género humano; fué á las orillas del Jordán en busca del Bautista, el cual, al verle, exclamó lleno de gozo: «Ved ahí, hermanos míos, al verdadero Mesías, hijo del Altísimo, que quitará los pecados del mundo y le libertará de la horrible esclavitud en que le tienen la ignorancia, el vicio y la barbarie.» Entonces, Jesús, llegándose á él, le pidió que le bautizase, como á uno de tantos pecadores.

No fué poca la sorpresa y admiración del Bautista al ver la actitud del Señor, postrado á sus pies; y se resistió á obedecerle, exclamando que el Soberano Señor y Criador del Universo no debía humillarse de este modo delante de una pecadora criatura. Más Jesús resistió de nuevo, diciendo «era voluntad y disposición divina, y que debía ejecutar lo que le pedía.»

Así, pues, San Juan se vió precisado á obedecerle, y bautizó al Señor.

Hallábanse en acto tan solemne rodeados de un sinnúmero de gentes, cuando se abrió el Cielo, bajó el Espíritu-Santo en forma de paloma, y posándose en su cabeza, se oyó la voz del Eterno Padre, que dijo: «Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis delicias.» Desde entonces quedaron las aguas del Jordán santificadas, recibiendo la virtud de borrar los pecados en el Sacramento del Bautismo.

Entre otras cosas notables, merece la atención de referir á mis niños el hecho siguiente:

En celebridad de los cumpleaños del rey Herodes Antipas, obsequió éste á su corte con una suntuosa comida, seguida de un gran baile. Salomé, hija de Herodías, danzó en él con tal deshonestidad, que cautivado por un momento Antipas, juró concederla todo cuanto pidiese, aunque fuese la mitad de su reino. Muy alegre y satisfecha corrió Salomé á dar cuenta á su madre del ofrecimiento del rey; mas, llevada Herodías del odio implacable que tenía al Bautista, aconsejó á Salomé que pidiese la cabeza del Santo, pues no se debía perder tan favorable ocasión de librarse de su mayor enemigo, y que rehusara cualquier otra dádiva que no fuese esta.

Sorprendió á Herodes semejante pretensión; empero cedió á sus deseos.

Dueña ya Salomé de la venerable cabeza, fué al instante á presentarla á su madre, quien no satis-

fecha aún con el placer de poseerla, sacó fuera la lengua del Santo y la atravesó con una aguja, saciando de este modo su sed de venganza.

Esta saña, mis queridos niños, que mostró Herodías con el Precursor, no fué debida á otra cosa más que á haberla reprendido aquél su trato ilícito con el rey, siendo casada con Filipo, su hermano, por cuyo motivo se hallaba preso en aquel entonces.

Así, pues, niñas, vosotras, mañana que sereis madres, si teneis la dicha de cobijar en el seno á vuestros hijitos, no imiteis á la implacable Herodías, que indujo á la suya á cometer una accion horrible; sino, por el contrario, procurad guiarlas por medio del santo ejemplo, por el camino del bien y de la virtud. Esforzaos en darlas una educacion moral y cristiana, que es la mejor fortuna que podeis legar á esas criaturas; el oro se desvanece como las olas del mar, como las nubes de verano, como se desvanecen los copos de nieve al posarse en las regiones cálidas. Una sana doctrina, basada en las máximas del Evangelio, esa religion predicada por los apóstoles del Hijo de la Madre del Verbo, que enseña á amar al prójimo y quiere la fraternidad humana, echa hondas raíces en los corazones de los pequeñuelos, que ni se desvanecen, ni se desmoronan, ni se borran jamás.

Por eso todos los pueblos de la culta España, tan amantes de las glorias del cristianismo, celebran en este día la festividad del Santo como justo homenaje tributado á sus virtudes.

FRANCISCO GUERRERO GARCIA.

MÁXIMAS PARA LOS NIÑOS

Procura, niño, aprender
lo que debes ser mañana;
y advierte, que es ciencia vana
ciencia sin virtud tener.

No hay cosa de más valor
que un verdadero saber;
con firmeza en Dios creer,
y temer mucho al Señor.

La ciencia más levantada
es conocer bien á Dios;
quien no marcha de Él en pos
es nécio, no sabe nada.

Tienen las ciencias su abismo,
y en sondarle está tu honor;

pero la ciencia mejor
es conocerte á tí mismo.

Lo bueno que no allegares
en tu juventud, en vano
buscarás en los azares
del mundo, al llegar á anciano.

Por ocio incalificable
dejar el tiempo pasar,
sin fruto alguno sacar,
es crimen imperdonable.

¿Qué es la gloria de este mundo?
¿Qué su riqueza anhelada?
Para el pensador profundo
humo... vapor... sombra... nada...

Del mundo en las contingencias,
como el sol, indiferente
muéstrate, y busca ferviente
sólo eterna complacencia.

La envidia y la detraccion
son dos víboras que mueren,
cuando lastimarnos quieren;
pasa, y ténlas compasion.

Si faltas ves, no te asombres;
de caridad con un velo
cúbrelas, y tendrás cielo.
¿Quién no falta entre los hombres?

Si faltas en otros ves,
mete la mano en tu seno,
y si todo lo hallas bueno,
repréndeselas despues.

Quien la inocencia vindica
contra el opresor injusto,
si es justo, se hace más justo,
si es malo, se purifica.

No hallarás paz en la tierra
de los que en delicias viven;
sino en los que en su alma inscriben:
—«¡siempre á mí mismo hacer guerra!...»

JOSÉ ANTONIO GARCÍA DE LA IGLESIA
(PRESBITERO ESCOLAPIO)

LA MANO DE LA PROVIDENCIA

POR

ENRIQUE BENAVENT

(Continuacion.)

—Ya lo creo, señor alcalde; ni los teatros de París, Roma, Madrid, Viena, Berlin, Lóndres, Milan, ni San Petersburgo, han presentado jamás una compañía de *sábios* como la nuestra.

—¡Con que..... una compañía de *sábios*! Bien, hombre, bien; y..... ¿qué *sábios* son esos?

—Pues, señor, prosiguió contestando el gitano, en aquel galerin están ahora descansando; tenemos una hermosa coleccion de perros *sábios*; un magnífico teatro, y si el señor alcalde lo permite, esta noche daremos una gran funcion.

—Bien, amigo mio; está bien; estoy en plena conformidad; á mí me gusta la gente laboriosa; el secretario que aquí veis os extenderá un permiso en debida forma para que esa funcion se lleve á cabo sin el menor impedimento.

—Doy las gracias al señor alcalde en nombre propio y en el de mis honrados compañeros, por la proteccion que nos dispensa.

—Lo que recomiendo, sobre todo, añadió el alcalde, es el mayor respeto á la propiedad ajena; cuidado con los juegos de manos.

—¡Esta sospecha nos humilla!

—De todos modos, sépase que estoy prevenido, y que castigaré con mano firme el más pequeño abuso.

El *Rey gitano* se deshizo en reverencias, y despues de haber enseñado al alcalde algunos de los perros, parte del vestuario, las decoraciones y trajes, todo lo cual, dicho sea de paso, estaba asqueroso y harapiento, tranquilizó en cuanto pudo los recelos de la autoridad, con lo cual la comision se retiró al pueblo, para dar cuenta á sus administrados de cómo habia sabido cumplir su cometido.

Así que se hubo alejado la *representacion popular*, reuniéronse los jitanos en congreso extraordinario, en cuya única y animada sesion se acordó dar *funcion* por la noche, sacar durante el *espectáculo* el mejor partido posible de los descuidos, y levantar el campo ántes del amanecer del dia siguiente.

Y en tanto, ¿qué era del pobre Luisito, nuestro infantil amigo? Ora llorando, ora durmiendo, ora pensativo en el interior del carro, no acertaba á

comprender nada de lo que ocurría; además, como, para colmo de desgracias estaba ciego, su desventura era completa; faltábanle los cuidados que le prodigaban los criados de su casa; faltábale el aire puro y embalsamado por las flores del parque; faltábale el lenguaje de los tiernos pajarillos, que cual mensajeros bajados de las celestiales regiones, le embelesaban con sus gorgoros desde la enramada, y sobre todo, faltábanle los dulces besos de su madre, las caricias de aquella de quien habia recibido el sér y la vida.

¿No es verdad, amiguitos míos, que su desdicha era inmensa? ¿No es verdad que casi podríamos decir que no merecen perdon del Altísimo los que obran cual con Luisito obraban aquellos foragidos?

Lo que mitigaba algun tanto el amargo desconuelo del niño era la presencia de su perrito, de su fiel Liní, que no se apartaba de su lado; cuando el infeliz angelito pasaba su delicada mano por el sedoso ropaje de su compañero de infortunio, parecía que aquella separacion era momentánea y que no tardarian ámbos en restituirse al seno del hogar materno; y es que su buena madre le habia enseñado á tener confianza en Dios, y el que tiene fé, amigos míos, tambien tiene esperanza; y el niño ó el hombre que vive escudado con estas virtudes, arrostra con resignacion las desgracias y los sinsabores que persiguen á la mayor parte de las criaturas humanas desde la cuna al sepulcro.

Llegó la noche, se llevó á cabo el espectáculo, cuya relacion nada tendria de interesante para vosotros, tratándose de tan tristes como eran aquellos jitanos.

Durante la funcion, el niño quedó sólo con Liní, pues hasta sus raptoras tuvieron que ir á prestar sus servicios de *profesion*.

Luis acarició al pobre animal, y notando que aquella soledad precipitaba su sueño, dirigiéndose á él le dijo:

—¡Ah, Liní, qué solitos estamos! Yo voy á dormir..... y tú tambien; Dios velará nuestro reposo, y mañana volveremos quizás á casa..... y mamá se pondrá contenta..... ¡qué triste debe estar sin nosotros.....! Vamos, échate, y á dormir.

Despues de haber dado algunos besos al perrito, besos que éste pagó con creces, Luis se arrodilló, y juntando sus manitas, alzó sus apagados ojos al cielo, y dijo:

(Se continuará.)





EL LEÑADOR Y EL BURRO

FÁBULA

Llevaba sobre el lomo de un pollino
una carga de leña un campesino,
que, *arre, burro*, sin cesar diciendo,
palo tras palo dábale tremendo,
sin más tener en cuenta
que ver el cómo su jornal aumenta.
Desmaya el asno, que el cansancio embarga,
y cayendo debajo de la carga,
tanto palo recibe en aquel punto,
que quedó el infeliz medio difunto.
El leñador entonces, sin asombro,
tuvo que echar la carga sobre el hombro,
el tiempo duplicando del viaje
por su conducta bárbara y salvaje.
*Otro tanto, sin duda, le sucede
á quien exige con empeño loco
que haga cualquiera más de lo que puede.
Es preciso ir andando poco á poco,
que no por mucho madrugar, infiero
que jamás amanezca más temprano;
cual todos verdadero,
así dice un adagio castellano.*

ALFONSO E. OLLERO

(INÉDITA)



A NUESTROS SUSCRITORES

Terminando con este número el primer tomo de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, recordamos á aquellos de los suscritores cuyo abono concluye en fin del corriente, que se apresuren á renovarle si no quieren dejar de recibir esta Revista, pues como se halla estipulado, NO SE SIRVE SUSCRICION ALGUNA CUYO PAGO NO SE ANTICIPE.

Hemos recibido la solución que del problema inserto en el número anterior nos han remitido las distinguidas y aplicadas niñas Jesusa y Encarnación de Granda, de esta corte, y de los notables niños Luis Casarrubia y Tomás Álvarez del Río, de Valencia; Teresa Melgarejo, de Calatayud; Ramon Solalinde, de Zamora, y José María Medavilla, de Búrgos.

Un error material hizo aparecer firmada con las iniciales M. N. y C. la composición que, titulada «El Ave María,» publicamos en nuestro número último, en lugar del nombre de su autora, la distinguida poetisa Doña Joaquina Balmaseda.

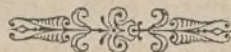
Tenemos el gusto de participar á nuestros suscritores que han entrado á formar parte de la colaboración de esta Revista los distinguidos escritores D. Cayetano Collado, D. Ramiro Martínez Aparicio y D. Pedro Ventura Martínez, y el notable maestro y director de orquesta D. Lázaro Nuñez Robres.

—66—

Dos obras notables han visitado nuestra redacción durante la pasada quincena. Titúlense, *Un libro para las jóvenes* y *Combates de la vida*; ambos originales de la distinguida y fecunda escritora Doña María del Pilar Sinués.

La prensa de todos los matices, con sus juicios favorables, y el público con su aceptación, han hecho ya la crítica de ambos libros, y cuanto nosotros pudiéramos decir aquí, sería pálido al lado de las merecidas frases de encomio que han obtenido, y de la buena acogida que se les ha dispensado por los amantes de la sana literatura.

Unimos nuestros plácemes á los que la prensa toda ha enviado á la señora Sinués, estimándola en mucho sus finas atenciones y obsequios.



SOLUCION Á LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR

1.^a La longitud de la circunferencia es $2 \times 3,14159 \dots \times r$, siendo r el radio; y como, en este problema, r vale $\frac{37}{2}$, basta multiplicar $3,14159 \dots$ por 37.

$$\begin{aligned} 3,14159 \times 30 &= 31,4159 \times 3 = 94,2477 \\ 3,1415 \times 7 &= 21,9905 \end{aligned}$$

116,2382

Luego la circunferencia de un duro tiene 116,239 mm., esto es, 116 milímetros y 239 milésimas de milímetro.

2.^a Sea x el valor de la primera copa, é y el de la segunda:

$$\begin{cases} x + 300 = y \\ y + 300 = 3x \end{cases} \quad \left\{ \begin{aligned} x + 300 &= 3x - 300; 2x = 600 \\ x &= 300 \\ y &= 600 \end{aligned} \right.$$

Luego la primera copa vale 300 pesetas y la segunda 600.

—66—

PROBLEMA

Un usurero prestó á un pobre labrador 2.000 pesetas al 5 por 100 mensual, á interés compuesto. A los siete años heredó el deudor una gran finca, la vendió por 8.000 pesetas, y fué con el dinero á casa de su acreedor, para que se cobrara el capital y los intereses, creyendo que le sobraria. ¿Cuánto le faltó?

MARIANO SANCHEZ BRUIL

R. Velasco, impresor, Rubio, 20

ÍNDICE

DEL PRIMER TOMO DE ESTA REVISTA

Número I.—1.º de Noviembre de 1878

Preliminar, por D. José Novi y Pereda.
Correspondencia infantil, por D. Eleuterio Llofriu y Sagera.
Leyendas de Noche-Buena, poesía, por D.ª Angela Grassi.
La Caridad, poesía, por D. Ricardo Sepúlveda.
La Verdad, poesía, por D. Víctor Navarro.
Vaivenes de la fortuna, poesía, por D. Teodoro Guerrero.
Cantares, por D. Ventura Ruiz Aguilera.
La Inocencia, poesía, por D. Fernando Corradi.
Los Niños, poesía, por D.ª Joaquina Balmaseda.
A la muerte de una niña, poesía, por D. Antonio de San Martín.
El Ave-Maria, letra, por D.ª Faustina Saez de Melgar.
Plegaria, poesía, por id., id., id.
Un ochavo y un millon, cuento, por D. Pedro Escamilla.
La mano de la Providencia, novela, por D. Enrique Benavent.
La Inocencia, grabado.
 Acompaña a este número, como de regalo, la portada del tomo, el primer pliego del álbum de bordados y **El Ave-Maria**, canción para piano, letra de la Sra. D.ª Faustina Saez de Melgar y música de D. Julian Estarrona.

Núm. II.—15 de Noviembre de 1878

La primera quincena, por D. José Novi y Pereda.
El valor del tiempo, cuadro en verso, por D. Teodoro Guerrero.
El Colegio, poesía, por D. Eusebio Blasco.
La Abeja, cuento, por D.ª María del Pilar Sinués.
La Dalia y la Rosa, fábula, por D. Jaime Cigliano.
Los juegos de la infancia, Las muñecas, por D. Gregorio Barragan.
Cartago, estudio histórico, por D. José María Medina.
El pajarillo muerto, poesía, por D. Ricardo Sepúlveda.
La mano de la Providencia, continuacion, por D. E. Benavent.
Un Consejo, por D. Víctor Navarro.
Pensamientos, charadas y anuncios.
El niño desahogado, grabado.
 Acompaña a este número, como regalo, un pliego de patrones para muñecas, con su figurin iluminado correspondiente.

Núm. III.—1.º de Diciembre de 1878

La segunda quincena, por D. José Novi y Pereda.
Un angel mas! poesía, por D. Vital Aza.
La oracion de la mañana, poesía, por D.ª Robustiana Armiño.
El traje negro, poesía, por D. Eusebio Blasco.
Las Tortolas amarillas, cuento, por D. M. Jorreto y Paniagua.
A la Virgen en una afliccion, poesía por D.ª Faustina Saez.
Cuento, por D. José Gil Dorregaray.
La casa sin cimientos, poesía, por D. Ricardo Sepúlveda.
Cartago, continuacion, por D. José María Medina.
Lágrimas de una flor, por D. Antonio de San Martín.
La mano de la Providencia, continuacion, por E. Benavent.
Aventuras de mi niñez, por D. Francisco Olcina.—Charadas, soluciones, pensamientos, juicio de la prensa, bibliografía y anuncios.
Una tarde en el Prado, grabado.
 Acompaña a este número, como de regalo, una orla de escritura en oro y dos tintas, con cuatro pautas litografiadas.

Núm. IV.—15 de Diciembre de 1878

La tercera quincena, por D. José Novi y Pereda.
El Padre nuestro, en verso, por D.ª Faustina Saez de Melgar.
Los dos hospicianos, cuento, por D.ª Robustiana Armiño.
La noche de Navidad, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.
El caballo de carton, anécdota infantil, por D. Emilio Ferrari.
El traperero de Madrid, fábula, por D. Alfonso E. Ollero.
La fiesta de la Inmaculada Concepcion, por D.ª Robustiana Armiño.
El primer paso, poesía, por D. Ricardo Sepúlveda.
Cartago, conclusion, por D. José María Medina.
La Noche-Buena, poesía, por D. Antonio de San Martín.
Máximas y consejos, verso, por D. Teodoro Guerrero.
¡Cosas de niños! por D. Gregorio Barragan.
A Maria Inmaculada, poesía, por D. Antonino Elías Romero.
Mizlinda la bordadora, leyenda en verso, por D. Vicente Regulez.
La mano de la Providencia, continuacion, por D. Enrique Benavent.
 Charadas, soluciones, juicio de la prensa, bibliografía y anuncios.
Retrato de la niña Conchita Novi y Castellote, hija del Director de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, que falleció en 15 de Noviembre de 1878, grabado.
 Acompaña a este número, como regalo, un mapa geográfico de España y Portugal é Islas adyacentes, en cuyo reverso contiene

un abecedario, en color, con los nombres y dibujos de las flores más principales.

Núm. V.—1.º de Enero de 1879

La cuarta quincena, por D. José Novi y Pereda.
Los meses del año: Enero, por D. Gregorio Barragan.
El castillo de naipes, poesía, por D.ª Joaquina Balmaseda.
Ecos de la montaña de Belén, por D.ª Robustiana Armiño.
Ideas, poesía, por D. Antonio Sanchez Ramon.
El fruto de una limosna, por D. Jaime Cigliano.
El Angel de la guarda, poesía, por D. Antonino Elías Romero.
Pensamientos, por D. Abdon de Paz.
¡Purísima! poesía en francés, por D.ª Robustiana Armiño.
Walgor el Scandinavo, cuento fantástico, por D. José María Medina.
El oro, poesía, por D. Vital Aza.
El Té, por D. Joaquín Olmedilla y Puig.
Navidad, poesía, por D. Víctor Navarro.
La mano de la Providencia, continuacion, por D. Enrique Benavent.
 Soluciones, geroglífico, juicio de la prensa, bibliografía y anuncios.
Walgor el Scandinavo, grabado.
 Acompaña a este número, de regalo, **Milagrillo**, polka mazurka para piano, por D. Raimundo Novi y D. Julian Estarrona, tirada en papel de color, con una portada á dos tintas.

Núm. VI.—15 de Enero de 1879

La quinta quincena, por D. José Novi y Pereda.
La Virgen de la Peña, por la Vizcondesa de G.
El huérfano, poesía, por D. Ricardo Sepúlveda.
A los niños, I. por D. Vicente D. Bordanova.
La soledad de Maria, poesía, por D. Antonio de San Martín.
Las minas de Luisito, por D. Eduardo Thuillier.
A mi querido amigo D. José Novi, en la muerte de su hija Conchita, poesía, por D. Jaime Cigliano.
El Código de Moisés, primer mandamiento, por D. José María Medina.
La veleta y el viento, fábula, por Alfonso E. Ollero.
El mirlo, por C. V.
El progreso, poesía por D. Manuel Lopez Calvo.
La llama azul, fábula, por D. Vicente Regulez y Bravo.
Los Angeles, poesía, por D. Manuel Jorreto y Paniagua.
La mano de la Providencia, continuacion, por D. Enrique Benavent.
 Problemas, juicio de la prensa, bibliografía y anuncios.
El Mirlo, grabado.
 Acompaña a este número, de regalo, la portada y primera lámina del **Método de dibujo, de figura, paisaje y adorno**, por D. Mariano Urrutia.

Núm. VII.—1.º de Febrero de 1879

La sexta quincena, por D. José Novi y Pereda.
Los meses del año, Febrero, por D. Gregorio Barragan.
Una niña al Angel de su guarda, poesía, por D.ª María del Pilar Sinués.
A los niños, II. por D. Vicente D. Bordanova.
Lo inmutable, poesía, por D. Eribaldo P. de Azpillaga.
El saboyano y el mono, poesía, por D. Ricardo Sepúlveda.
Una pesca improvisada, por Rafaelito.
La desobediencia, cuento, por D.ª Faustina Saez de Melgar.
El Código de Moisés, segundo mandamiento, por D. José María Medina.
La mano de la Providencia, continuacion, por D. Enrique Benavent.
 Problemas, soluciones, bibliografía y anuncios.
Una pesca improvisada, grabado.
 Acompaña a este número, como regalo, la lámina segunda del **Método de dibujo** y el segundo pliego del álbum de bordados, en tinta morada.

Núm. VIII.—15 de Febrero de 1879

La séptima quincena, por D. José Novi y Pereda.
Amor maternal, poesía, por D.ª María Martí de Dominguez.
Correspondencia infantil, II, por D. Eleuterio Llofriu y Sagera.
La mejor corona, poesía, por D. Teodoro Guerrero.
El castillo de las Siete Torres, por D. José Estremera.
La Filoxera, por D. M. de la P. G.
El bien y el mal, poesía, por D. Víctor Navarro.
La luz de la ilustracion, cuento en verso, por D. Alfonso E. Ollero.
El abuelo, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.
La verdad y las mentiras, dolores, por D. Ramon de Campoamor.
La mano de la Providencia, continuacion, por D. Enrique Benavent.
Enciclopedia infantil, soluciones, problemas y anuncios.
La Filoxera Vastatrix, grabado.
 Acompaña a este número, de regalo, la lámina tercera del **Método de dibujo** y un pliego de bordados para pañuelo de mano,

LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS

Núm. IX.—1.º de Marzo de 1879

La octava quincena, por D. José Novi y Pereda.
Los meses del año, Marzo, por D. Gregorio Barragan.
La Salve, poesía, por D.ª Faustina Saez de Melgar.
El Código de Moisés, tercer mandamiento, por D. José María Medina.
La limosna, poesía, por D. José Antonio García de la Iglesia.
Las minas de Luisito, por D. Eduardo Thuillier.
¡Pobres animalitos! por B.
Los dos Abejorros, poesía, por D. Antonio Blanc.
A los niños, III, por D. Vicente D. Bordanova.
La mala costumbre, fábula, por D. Vicente Regulez.
Enciclopedia infantil.
El mal estudiante, fábula, por D. Eduardo De Anca y Zerio.
La esperanza, por D. Manuel Lopez Calvo.
 Problemas, soluciones, geroglífico y anuncios.
¡Pobres animalitos! grabado.
 Acompaña a este número, de regalo, la lámina cuarta del **Método de dibujo** y el primer pliego y cubierta de **El idioma francés puesto al alcance de los españoles**, por D. Enrique Benavent.

Núm. X.—15 de Marzo de 1879

La novena quincena, por D. José Novi y Pereda.
Fé, Esperanza y Caridad, poesía, por D. Fernando Corradi.
El zapatito de oro, cuento, por D.ª Angela Grassi.
La abeja y el zángano, fábula, por D. Manuel Gonzalez Alvarez.
El calavera y la abuela, fábula, por D. Alfonso E. Ollero.
La torre de Babel, por D. Francisco Guerrero García.
La madre, poesía, por D. Ricardo Sepúlveda.
Una pesca apetecible, por D. José María Medina.
Confidencias de un amigo, por D. Diego Perez Hernandez.
Cantares para los niños, por D. Eribaldo Perez de Azpillaga.
Lo que me roba el alma, poesía, por D. José Casafont y Fornell.
La mano de la Providencia, continuacion, por D. Enrique Benavent.
 Soluciones, problema, charada y anuncios.
Una pesca apetecible, grabado.
 Acompaña a este número, de regalo, el pliego segundo de **El idioma francés** y un pliego titulado **Un día a perros**, impresiones del natural, representando 44 actitudes de perros.

Núm. XI.—1.º de Abril de 1879

La décima quincena, por D. José Novi y Pereda.
El cambio de edad, poesía, por D.ª María Martí de Dominguez.
Los meses del año, Abril, por D. Gregorio Barragan.
Días sin nubes, drama en un acto y en verso, por D. Leandro A. Herrero.
El guarda de Fontainebleau, por José María Medina.
La muerte del justo, poesía, por D. Antonio de San Martin.
A María en el Golgota, poesía, por D. José Casafont y Fornell.
Formacion de las nubes, por D. Mariano Sanchez Bruil.
El amor X, poesía, por D. José Antonio García de la Iglesia.
Enciclopedia infantil.
La esperanza, poesía, por D. Mariano de Larra y Osorio.
La mano de la Providencia, continuacion, por D. Enrique Benavent.
 Problemas, soluciones y anuncios.
El guarda de Fontainebleau, grabado.
 Acompaña a este número, de regalo, la lámina quinta del **Método de dibujo** y el primer pliego y cubierta de la **Aritmética para niños**, por D. Mariano Sanchez Bruil.

Núm. XII.—15 de Abril de 1879

La undécima quincena, por D. José Novi y Pereda.
Las galas de Abril, poesía, por D.ª Faustina Saez de Melgar.
Sentencia contra Jesus, por D. Antonio de San Martin.
Salve, en verso, por M. N. C.
El mudo, fábula, por D. Alfonso E. Ollero.
El perro de Gerth, por M.
La oracion de la tarde, por D. Víctor Navarro.
El Código de Moisés, cuarto mandamiento, por D. José María Medina.
El perro y la liebre, fábula, por D. Manuel Gonzalez Alvarez.
Sofía y Pascuala, por D.ª María del Pilar Sinués.
Un jurado infantil, por D. Domingo Fernandez Arrea.
El poeta, el avaro y el perro, fábula, por D. Vicente Regulez y Bravo.
 Problemas, soluciones y anuncios.
El perro de Gerth, grabado.
 Acompaña a este número, de regalo, una pieza de música titulada **Plegaria**, para piano, por Gloria Melgar, letra de D.ª Faustina Saez, en tinta azul.

Núm. XIII.—1.º de Mayo de 1879

¡Dos de Mayo! por B.
La duodécima quincena, por D. José Novi y Pereda.

Los meses del año, Mayo, por D. Gregorio Barragan.
A mi hija María de la Gloria, poesía, por D.ª Faustina Saez.
La Cruz de Mayo, por D. Francisco Guerrero García.
La Cruz, soneto, por D. José Antonio García de la Iglesia.
La felicidad en el trabajo, cuento, por D. Pedro Escamilla.
El avestruz, por D. José María Medina.
A una huerfanita, poesía, por D. Timoteo Domingo Palacio.
Un jurado infantil, conclusion, por D. Domingo Fernandez Arrea.
El Angel de la Guarda, poesía, por D. Antonio Blanc.
La mano de la Providencia, continuacion, por D. Enrique Benavent.
A Miguel de Cervantes Saavedra, poesía, por D. Faustino Jouve.
 Problemas, sueltos y anuncios.
Los avestruces del Buen Retiro, grabado.
 Acompaña a este número, de regalo, el primer pliego y cubierta de **Los Niños de la Biblia, episodios de un gran libro**, por D. José María Medina.

Núm. XIV.—15 de Mayo de 1879

La déclmatercia quincena, por D. José Novi y Pereda.
Cuento de niños, poesía, por D.ª Joaquina Balmaseda.
A los niños, IV, por D. Vicente D. Bordanova.
A una violeta, poesía, por D.ª María Martí de Dominguez.
La nieve, por D. Mariano Sanchez Bruil.
El Angel de la Guarda, poesía, por D. José Estremera.
Las flores de Mayo, por D. Faustino Jouve.
La miga de pan, poesía, por el Reverendo padre José Antonio García de la Iglesia.
El halcon de Hajard-Ali, por D. Diego Perez Hernandez.
El palacio y la choza, apólogo, por D. Manuel Gonzalez Alvarez.
Colon, I, por D. Francisco Muñoz y Rodriguez.
Pensamientos, en verso, por D. Valentin María Mediero.
La oracion, poesía, por D. Eugenio de Bartolomé.
Historia del Ave-Maria.
El beso de una madre, poesía, por D. Timoteo D. Palacio.
La Mariposa, fábula, por D. Mariano de Larra y Ossorio.
 Sueltos, soluciones y anuncios.
El halcon de Hajard-Ali, grabado.
 Acompaña a este número, de regalo, el **Método de gimnasia higiénica, al alcance de los niños**, por D. Mariano Urrutia, con su lámina correspondiente.

Núm. XV.—1.º de Junio de 1879

La déclmacuarta quincena, por D. José Novi y Pereda.
Los meses del año, Junio, por D. Gregorio Barragan.
La paz en la cuna, poesía, por D. Eusebio Blasco.
Los pajaritos, por D. Domingo Fernandez Arrea.
Flor y fruto, apólogo, por D. Faustino Jouve.
La niñez de un gran artista, por D. Joaquin Olmedilla y Puig.
El Ave-Maria, poesía, por D.ª Joaquina Balmaseda.
La heroína de Pultawa, por D. José María Medina.
El beso, poesía, por D. Ramiro Martinez Aparicio.
¡A los toros! cuento, por D. Cayetano Collado.
Los niños, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.
La flor de nieve, por D. Joaquin Luis Olbés.
El niño chismoso, poesía, por D. Víctor Navarro.
Los dos jilgueros, poesía, por D. Timoteo Domingo Palacio.
Los dos espejos, dolores, por D. Ramon de Campoamor.
 Problemas, bibliografía y anuncios.
La heroína de Pultawa, grabado.
 Acompaña a este número, de regalo, el primer pliego y cubierta, en oro y colores, de **El niño cristiano**, devocionario para la infancia, escrito en verso por el presbítero D. Pedro Angel Lumbreras.

Núm. XVI.—15 de Junio de 1879

La déclmaquinta quincena, por D. José Novi y Pereda.
A mi hija Concha en su primera comunión, poesía, por D. Timoteo Domingo Palacio.
Origen de las bujías, por D.ª María del Pilar Sinués.
En la tumba de un niño, poesía, por D. F. Martinez Pedrosa.
El árbol del desierto, cuento fantástico, por D. Manuel Jorretto Paniagua.
La golondrina, poesía, por D. Antonio Blanc.
El fantasma de la Alhambra, grabado, por D. José María Medina.
La zagala y la rosa, poesía, por Victoria.
La festividad de San Juan, por D. Francisco Guerrero García.
Maximas para los niños, poesía, por el Reverendo padre José Antonio García de la Iglesia.
La mano de la Providencia, continuacion, por D. Enrique Benavent.
El leñador y el burro, fábula, por D. Alfonso E. Ollero.
 Sueltos y problemas.
La Alhambra de Granada, grabado.
Índice del primer tomo.
 Acompaña a este número, de regalo, un cromo para abanico, dibujado por el artista Sr. Salvi.

